

El difícil papel de las mujeres víctimas en situaciones de explotación sexual, incesto y violencia conyugal

Lidia Schiavoni *

Presentación

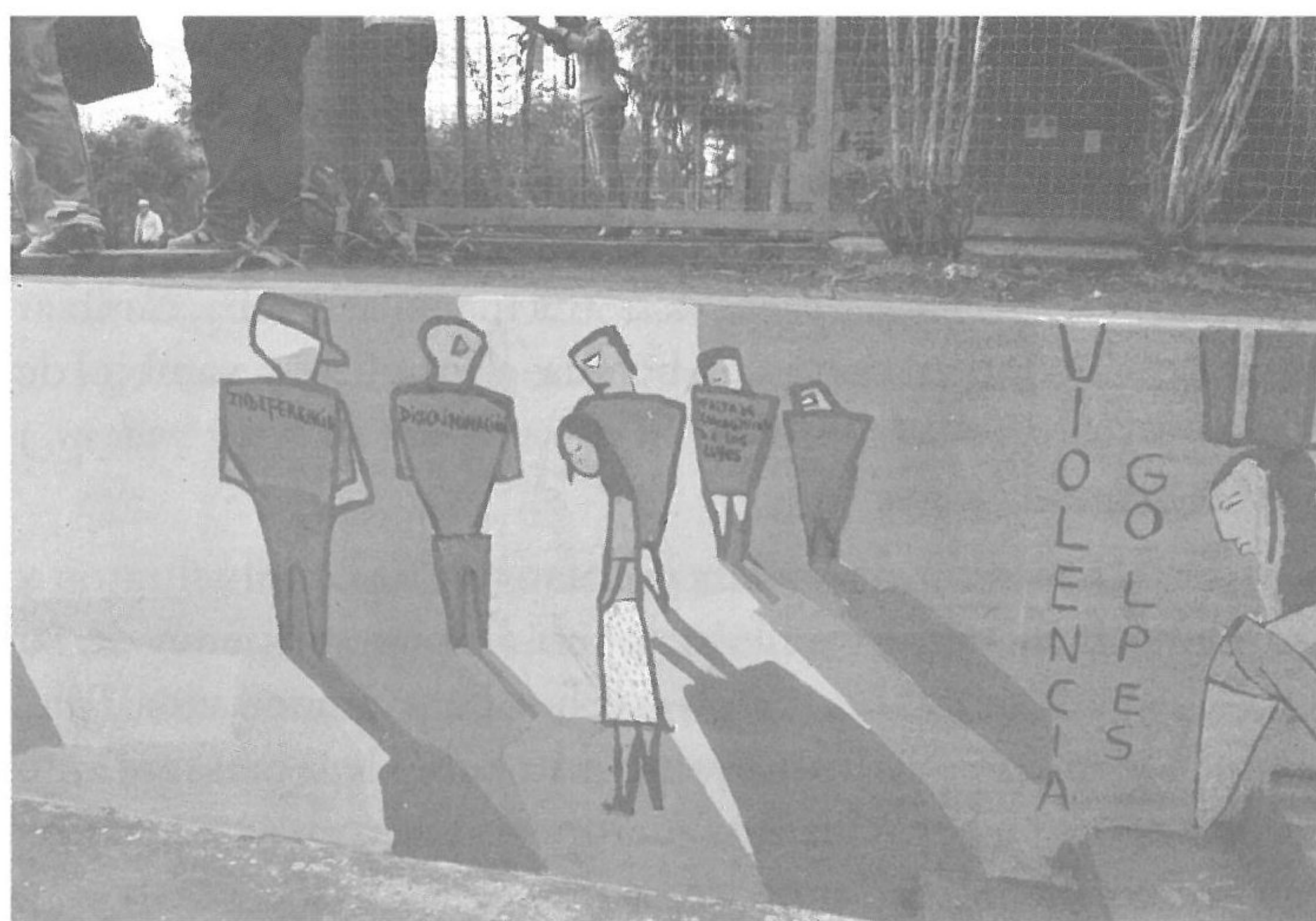
A partir de mi experiencia como investigadora he podido acceder a testimonios de personas que atravesaban y/o atraviesan situaciones de violencia sexual o de género, y en sus relatos - todos muy dolorosos- no siempre se situaban en el rol de víctimas, aludían a dramáticas vivencias como si no fueran tan críticas o les ocurrieran a otras personas, con cierto distanciamiento.

Si pensamos en *explotación sexual, incesto, violencia conyugal...* se nos presentan imágenes mentales que nos permiten reconocer en cada una de estas situaciones quiénes son las víctimas y quiénes son los victimarios. Probablemente no tengamos dificultades para discernir quiénes ejercen cada rol; ¿pero tenemos plena seguridad al identificar a cada sujeto en su rol, y éstos cómo se reconocen? ¿Se ven en los mismos papeles que les asignamos nosotros o se reconocen en otros, cuáles serían? Estos son algunos de los interrogantes que pretendemos responder en este artículo.

Hemos tomado para abordar el tema casos provenientes de investigaciones e intervenciones realizadas en torno a la violencia sexual y/o de género en Misiones: un estudio entre 1998-1999 sobre prostitución infantil, otro sobre incesto realizado entre 2009 y 2010, y también casos de mujeres capacitadas para la prevención de la violencia hacia fines del 2010.

Las protagonistas en su entorno

Describimos sintéticamente el contexto de vida de las mujeres entrevistadas, pues el entorno condiciona sus oportunidades y alternativas. Misiones hace más de dos décadas se caracteriza por ser una de las provincias argentinas con mayor proporción de población rural, también sobresale por sus altos niveles de pobreza (pertenece al norte pobre del país) y ha mostrado limitada capacidad para resolver los problemas sociales más urgentes (hambre, desnutrición, trabajo infantil, violencia hacia las mujeres, entre otros). Persisten la vulneración de derechos y la reproducción de escenarios sociales injustos que amplían la brecha entre ricos y pobres: el acceso a la educación formal es limitado y lograr un trabajo digno resulta difícil; las condiciones de habitación son precarias y los servicios de salud insuficientes; así se restringen las posibilidades de participación



en la vida comunitaria para alcanzar un nivel de vida razonable (Informe de Desarrollo Humano en la Argentina 2005; PNUD, 2009). Las mujeres entrevistadas han visto seriamente limitadas sus alternativas de vida: en condiciones de pobreza estructural, con niveles de instrucción bajos, y serios apremios familiares (orfandad o abandono desde pequeñas, proles numerosas) ante lo cual escapar de los abusos y el maltrato resulta casi imposible.

A partir del contacto con informantes que habían padecido situaciones de violencia sexual y de género, recuperamos sus testimonios. De la contrastación de éstos con los relatos de otros actores participantes de las mismas situaciones, advertimos que las protagonistas no siempre se reconocían víctimas, y en determinadas circunstancias aunque los agentes estatales las ubicaran en ese rol, ellas lo negaban. También corroboramos que los victimarios en pocas oportunidades admiten su condición de tales. Desde los medios periodísticos se insinúan diferentes posiciones ante la violencia sexual y de género: estigmatización de las víctimas, justificación de los victimarios, halo de dudas y sospechas sobre las condiciones en que sucedieron los hechos, entre otras.

Seleccionamos cinco relatos para poner en evidencia las dramáticas historias vividas por mujeres en Misiones, luego de la presentación de cada uno, señalaremos aspectos relevantes que dan cuenta de este difícil ejercicio del rol de víctimas:

* Antropóloga, Magister Scientiae en Metodología de la Investigación Científica y Técnica. Especialista en Metodología de la Investigación Social, Docente Titular UNaM – FHyCS. Investigadora Categoría II Programa de Incentivos a la Investigación. Secretaría General de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Misiones.

Caso 1

Patricia nació en Aristóbulo el Valle (Misiones), ahora tiene 12 años desde los 8 años vive en la casa de su tía Juana, en el bar-prostíbulo. P. estaba muy enferma y fue socorrida por su tía quien la llevó al hospital de la zona para que le curaran las heridas; luego la llevó a vivir con ella, donde la hace trabajar de niñera y ayudante de los trabajos de la casa, limpiar, cuidar a los chicos, cocinar etc.

Patricia concurría a la escuela, pero abandonó en el tercer grado, porque su madre, siempre la perseguía pidiéndole dinero, y finalmente no la dejó ir más a la escuela. Vivían en una chacra que no era de ellos, todos trabajaban en la tarea y se iban por las chacras de la zona por varios días.

Cuando vino a vivir con su tía Juana, otra hermana suya vivía en ese lugar, ambas la rescataron de la calle, puesto que su madre alcohólica siempre la corría de la casa, y andaba dando vueltas y vueltas por los vecinos. Su madre vive con su padrastro y sus ocho hermanitos, su padrastro es también alcohólico... "Cuando ella y él tomaban nos corrían de la casa... mi mamá nos quería vender solo por bebidas". La mamá aceptaba, cambiar un poco de vino o cualquier bebida alcohólica a cambio de servicios sexuales de sus hijas. "A mí me agarró un tipo grande ya, y le dió la caña a mi mamá".

Esta situación de violencia, castigos físicos, maltratos y abandono hizo que los chicos poco a poco se fueran de su casa, y así una de sus hermanas que hoy tiene quince años, Rita, también vive en lo de Juana, junto a su bebé de 8 meses. Tanto Patricia como su hermana Rita fueron violadas por su padrastro, con conocimiento de la madre.

Patricia tenía una amiga de 21 años que vivía acá en Posadas, y que la trajo para trabajar como prostituta, pero si bien es cierto que Patricia ganaba más dinero aquí (\$30 equivalente a U\$30 actuales) por cliente, no se quedó en Posadas porque no tiene a sus familiares... "acá tengo todo".

Además en Posadas varias veces cayó presa por razzia de la Policía y sintió mucho miedo.

Cuando se refiere a su tía Juana, señala que las cuida, pueden comer lo que quieren, además controla que los clientes usen preservativo, y que cada cliente pague \$15, de los cuales \$10 le que dan a ellas y \$5 son para su tía.

Solo cuando no vienen clientes al bar salen a buscarlos por la calle; en el bar-prostíbulo se ocupan por las noches; los clientes que vienen son todos "chicos y buenitos", además Patricia tiene algunos clientes fijos. Patricia no tiene quejas de los clientes, afirma que "son buenitos... me tratan bien...".

Comenta que en ese bar siempre están entre cinco y seis chicas; algunas son de Posadas y una de Dos de Mayo, unas se quedan ahí varios meses y "otras se van de la Juana".

Patricia reconoce que si sigue en lo de su tía Juana tiene que seguir en actividades de prostitución, porque... "siempre tengo que atender a los clientes", además tiene que "querer a los que le dan plata". Reconoce que quiere salir de esa situación "de la joda", y prefiere trabajar en casa de familia en Posadas.

P. es maltratada por su madre quien le exigía hacerse cargo de las tareas domésticas y del cuidado de sus hermanos menores; *asume estas condiciones como parte de lo que le toca vivir a una niña de esa clase social, no se considera víctima de la violencia estructura que atraviesa su familia.* Fue violada por su padrastro con conocimiento de su

madre, pero no se escandaliza ante el hecho, también su hermana- y quizás su madre - pasaron por los mismos actos y siguen viviendo; víctimas pasivas del abuso sexual, de situaciones incestuosas. La madre obligaba a P. a mantener relaciones sexuales con varones adultos a cambio de bebidas alcohólicas; *el intercambio en sí no la sorprende, sí le molesta que son tipos desconocidos y grandes, la cosificación de su persona no se registra.* En sus actuales condiciones de vida con su tía, no advierte daño alguno: trabajo doméstico y prostitución, control del pago y el uso de los preservativos. *La vida en el bar-prostíbulo es buena: hay comida suficiente, tiene a sus familiares (hermana, sobrino, tía) y considera justo pasar parte del dinero recaudado a quien la cuida y protege. P. no se siente explotada por sus clientes, la tratan bien. El pago recibido compensa los servicios que ella presta, además sus clientes son jóvenes y buenos. Trabajar como empleada doméstica en Posadas es la meta con la que se ilusiona; es el único indicio para rebelarse ante su condición de joven prostituida.*

Las condiciones estructurales son constrictoras, la familia de origen no dispone de los recursos afectivos y materiales para cuidarla, el prostíbulo familiar se impone como el mejor lugar. Los referentes adultos le confirman con sus actos que esta elección es correcta, ella les cree y la actúa. Su ideal de trabajar como doméstica en otra ciudad constituye la única pista para imaginar "algo mejor".

Caso 2

Lucía tenía cuatro años cuando el padre asesinó a su madre, ocho hermanos quedaron huérfanos. Lucía perdió contacto con su padre, y luego con sus hermanos, mezcla indescriptible de rencor y dolor hacia su padre.

La mamá trabajaba en el Hospital de Iguazú, limpiando consultorios, y su papá hacía changas por el pueblo (cortando pasto y arreglando jardines), después del asesinato de la madre Lucía no tuvo noticias de su padre por mucho tiempo...y la familia se desintegró. Una monja del Colegio de Fátima (Posadas) los trajo desde Iguazú a Posadas a ella, a dos de sus hermanas y a su hermano varón... Las nenas fueron internadas en el Hogar de Niñas "Paula Albarracín", y al varón se lo llevó el padre Javier a la Capilla "Beato Roque Gonzalez"; este sacerdote lo ayudó a terminar la primaria, y comenzar la secundaria, luego lo trasladaron al seminario diocesano, donde estuvo dos años...esta experiencia, fue muy buena para su hermano.

Durante la primer infancia, los días de Lucía transcurrieron en el Hogar de niñas, las reglas eran muy estrictas, siempre había horarios para comer, bañarse y para ir a la escuela, no estaba permitido tener amiguitas que no fueran del Hogar, había que aceptar a todas las demás de ahí, sin derecho a reclamar nada, porque las celadoras eran muy exigentes ...como Lucía no tenía a nadie que la sacara los fines de semana, sus salidas estuvieron permitidas solamente para ver a su hermano en el seminario de Fátima. Terminó la escuela primaria, y luego comenzó la secundaria.... esto significó un acontecimiento muy importante para Lucía, pues llegó el momento de plantear a las autoridades del Hogar, el deseo de trabajar fuera de la Institución; ya para entonces Lucía tenía 16 años. Con todas las esperanzas puestas en un trabajo, que le permitirá esa libertad tan ansiada, poder "charlar y reír con otras personas que no fueran las del Hogar, escuchar otras voces y experimentar otras sensaciones". A través de sus compañeros de secundario consiguió un trabajo de telefonista en una radio F.M. de Posadas.

Tuvo su primera experiencia sexual con un compañero de la radio, Ismael. Era una noche de fiesta para todo el personal, ella quería ir pero las reglas del Hogar no le permitían; en un acto de rebeldía se escapó por la ventana. Ismael con engaños se aprovechó, entre forcejeos y cuestionamientos, mantuvieron relaciones sexuales sin siquiera tener afinidad con él. Durante cinco años Lucía trabajó en la Radio, los dos primeros aún vivía en el Hogar. Cursaba el segundo año en la EPET n° 2 cuando quedó embarazada, se refugió en un Hogar de tránsito para madres solteras en el Barrio Sesquicentenario, de Posadas. Tuvo un varón que murió a los cuatro meses de un paro respiratorio; siente un profundo agradecimiento hacia la encargada de este Hogar, una mujer que había vestido los hábitos de monja, y que sabía escucharla y le brindó apoyo ante tanto dolor.

Regresó al Hogar Paula Albarracín (aún no había cumplido los 18 años), fue recibida con limitaciones, las aceptó pues al fin y al cabo esa era su única “casa”. Como la consideraban con cierto grado de responsabilidad, le permitían algunas salidas; en una de éstas conoce a una señora “amiga” que le ofreció trabajar en la calle. Lucía ante la desesperación por tener algo de dinero aceptó la propuesta y salió con esta mujer y sus cuatro hijas, quienes también estaban en la calle prostituyéndose.

A los pocos meses Lucía se enamoró de un muchacho de su edad, 17 años, y decidieron ir a vivir juntos; él la conocía del barrio pero no sabía a qué se dedicaba, hecho que produjo grandes peleas, insultos y decepciones en la pareja. Pero él necesitaba dinero constantemente pues “se falopeaba”, y ella lo traía todos los días aunque él le reprochara su manera de ganarlo. Lucía, emplazó a su marido, aclarando que él no tenía ningún derecho a reclamar, pues no aportaba nada a la casa; él aceptó la situación, pero la relación se fue desgastando. Al año de estar conviviendo, y sin dejar la prostitución Lucía quedó embarazada, nació una nena, él no quería ver a su hija...pasados varios días, preguntó por la beba, y recién allí la conoció...

Cuando Lucía volvió a su casa percibió que nada había cambiado, todo estaba por hacer: las cuentas en el almacén sin pagar, nada para comer, y encima “había que preparar el cuerpo, ahora debilitado por el parto, para empezar nuevamente a ofrecer servicios y sacar ganancia”... Esta situación de desamparo, soledad y explotación, le produce a Lucía un sabor amargo en sus recuerdos; ahora había que trabajar para tres y no solo para dos.

Cuando Lucía salía a la calle, la beba quedaba al cuidado del marido o su suegra... Pasado un año, recibió la visita de una hermana mayor que fue a conocer a la beba. La visita le trajo mucha alegría, pues podía contar en su rol materno con alguien allegado a ella... éstas expectativas generaron en Lucía más fuerza para prostituirse y creía, estar construyendo junto a su esposo un ideal de familia al que no tuvo acceso... Pero su esposo eligió a su hermana como esposa y se quedó con la hija; amenazó a Lucía que haría pública su actividad de prostituta ante un Juez si generaba problemas. Solo los domingos veía a su hija un rato, como si fuera ella la tía y no la madre.

L. quedó huérfana de madre porque su padre la asesinó; los hermanos se dispersaron y fueron criados bajo la tutela de la iglesia: nenas en un orfanato de monjas y varón en un seminario de curas. *Víctima de la locura del padre y de las decisiones de la iglesia, no se reconoce como tal sino que ante la ausencia de los padres, por suerte la iglesia los amparó.* El acceso al nivel secundario, le permitió trabajar como telefonista en una radio; pero las primeras

relaciones sexuales fueron forzadas y antes de los 18 años; varias relaciones amorosas y luego un embarazo inesperado, su pasaje a un hogar de tránsito para madres jóvenes y el niño que muere a los pocos meses, retorno al orfanato original. En su historia de vida se advierten hechos gratos como el inicio del colegio secundario, un trabajo extra-hogar, el nacimiento de un hijo; *pero en la secuencia de episodios no se reconoce como víctima, ni de los apetitos del compañero de trabajo (no lo denunció), tampoco de las limitadas alternativas de vivienda (hogares de la congregación), ni de la inesperada muerte del niño (desconoce la causa).* Prostituirse en la calle se presenta como una oferta de trabajo. *No se reconoce víctima de sus clientes, el dinero recibido compensa -según sus parámetros- lo que expone de su persona.* Forma pareja con un joven adicto que tolera sus actividades prostituyentes a cambio de la manutención y las drogas; *explotada por su pareja que no trabaja continua en la prostitución, sigue siendo explotada por sus clientes.* El nacimiento de su hija y el reencuentro con una hermana mayor plantean un nuevo horizonte que se ve opacado por la relación amorosa establecida entre su pareja y su hermana y el alejamiento de su hija. *Presa de la desinformación (desconoce que las prácticas prostituyentes son legales en forma autónoma) pierde el contacto con su hija sin elementos para salir de la prostitución y/o recurrir a terceros para recuperar a su hija.*

La historia de Laura revela la acumulación de situaciones de violencia que padeció esta mujer a lo largo de su vida y los modos de soportarlas con escasos atisbos para superarlas. La temprana ruptura de las relaciones afectivas y las limitadas respuestas estatales para revincularla con su familia ampliada, no le permitieron capitalizar los logros obtenidos en los ámbitos educativo y laboral. La sumisión sostenida a la pareja y a los clientes en la prostitución revela los escasos discursos que le señalaron otro modo posible de ser mujer: ni las monjas, ni sus compañeros de trabajo, ni el personal de salud, marcaron las situaciones de injusticia que atravesaba y la posicionaron para luchar por otros horizontes. La fueron conformando en su rol de “perdedora” como si ella eligiera esas situaciones y no que se las impusieran, los daños ocasionados son poco registrados. Ella no se siente una víctima sino una “persona con mala suerte”. Los mensajes del contexto siempre le confirmaron que las desgracias que le ocurrían eran comunes a otros, o el “justo precio” del afecto y/o un “buen pasar.

Caso 3

Isabel, vivía en Bernardo de Yrigoyen y trabajaba como empleada doméstica en una despensa, el muchacho, Ramón, cadete en el mismo negocio, allí se conocieron. Entablaron relación como novios y él le propuso venir a Posadas porque tendrían mejores oportunidades. *Isabel comentaba que estuvieron viviendo una semana como marido y mujer... muy lindo todo...hasta que... fue un día y él dijo, mirá las cosas están muy feas yo no consigo trabajo, se nos terminó la plata así que vamos a tener que hacer algo, ¿y qué vamos a tener que hacer? y vas a tener que salir a trabajar a la calle, y la gran sorpresa de la chiquita de 12 años... venía de la chacra y que lo único que había hecho era trabajar de niñera... y había mantenido esta relación sentimental con el muchacho... fue una sorpresa total, según comentaba, no?... pero por el gran amor que le tenía a su príncipe...hizo que de alguna manera aceptara la propuesta... pero una aceptación que nosotros sabemos bien...está basada en el estado de necesidad y el enamoramiento... ¿pero quién fue la encargada de arreglar la cuestión? La cuñada. Entonces el muchacho le dice: vos te vas a ir... a un lugar... yo te voy a dejar, te voy a*

bajar del auto, vas a conversar con una señora que ella es la mujer de mi hermano y ella te va a explicar lo que tenés que hacer... Así que... se fue allá estuvo parada en una esquina con la cuñada y la cuñada lo único que le dijo fue: mirá acá va a parar un tipo... en un auto o caminando... pero mejor en auto, esto era en la avenida Santa Catalina y ... no me acuerdo cuál es la que está sobre un hotel, el tipo viene y vos decile que... si quieren salir con vos tu precio es 50 pesos, que te tiene que pagar en forma anticipada y que tiene que ir a ese motel que está ahí. Así lo hizo unas cuantas veces y con las indicaciones exactas, exactas porque es una chica del interior con 12 años no puede saber eso si no que tiene que ser perfectamente enseñada, y vos llegas al motel y ya tenés que pedirle la plata guardas en tu carterita que vas a tener después te vas al baño, te higienizas y venís, vos, al lado de la mesita de luz eh?... seguro va a estar ahí vas a encontrar un preservativo, sabés lo que es un preservativo, hacele poner al tipo y ... bueno ... después mantené relaciones... si el tipo quiere alguna cosa más de las comunes que vos hacés con tu novio, por ejemplo, vas a tener que pedirle un poco más de plata, entonces si el te da, le cobrás, guardás y ... después haces lo que el te pide, eh?... A mí me impresionó cuando ella me contaba con lujos y detalles, porque... yo decía que en Bernardo de Yrigoyen un motel no debe tener todos los requisitos con los que debería funcionar. Entonces ella me decía, sí porque hay una puertita, hay un teléfono eh?... algunos me preguntaban si yo quería tomar o comer algo y yo por lo general no quería nada, si quería tomar Coca Cola ellos levantaban el teléfono y pedían, y después golpeaban la puertita y traían la Coca y yo tomaba, a veces los hombres tomaban algo también ... eh.. y los relatos acerca de ... como se manejaba con ... con el dinero que ganaba ella en su trabajo, todo hasta el último centavo que ella obtenía de su labor diaria que arrancaba a eso de las 5 de la tarde hasta las 10 de la noche no era mucho tiempo, ese era el tiempo que trabajaba y a veces un poco más temprano a las 4 de la tarde hasta las 8 de la noche más o menos.... Entonces ese dinero que obtenía le llevaba todo a y era buenito también, cuando se iba a Paraguay me compraba ropa, comíamos cosas ricas, y por la mañana yo dormía toda la mañana, era muy bueno... ¿pero qué pasó? Parece que él empezó a salir con otra chica y ella advirtió esa situación y se puso muy celosa no?, ese fue el desencadenante para que ella cuente la historia sino nunca se iba a saber tampoco. Entonces un día ella estaba muy mala porque le vió cruzar a él con otra chica cuando ella estaba trabajando, como ella había tenido una cierta experiencia en los manejos de nuestra policía pidió a uno de sus acompañantes, pidió que le lleve a la Seccional 3° de Policía y ahí contó toda la situación, eso era a las diez de la noche, la gente de la policía se sintió en una desesperación tremenda, nos llamaron, estábamos de turno, tomamos las primeras medidas del caso, como ser la internación de la niña en algún lugar.... Se trató de localizar a la persona, costó un poco porque en este caso había una confusión con el hermano que también hacía la misma tarea... Pero se pudo determinar quién era... el que estaba trabajando con... ella y se lo detuvo a él y a la cuñada que fue un poco la iniciadora.... La cuñada era una mujer de unos 28, 29 años... Sí experimentada, así que manejaba un grupo de personas.... Claro, sí, lo que pasa es que la nenita de 12 años tenía un buen cachet dentro de... lo que... no es lo mismo seguramente una persona que está ahí con... la experiencia... ah, con el cuñado sí, sí, compartían las ganancias, pero esencialmente la plata la manejaba... el muchacho ...era solamente con... el novio de ella y yo supongo que... por ahí lo que dejaron vislumbrar fue que parte del dinero iba a parar para la cuñada que también hacía de controladora, de protectora en el lugar..." (Relato de un fiscal, Juzgado Penal de Posadas, 1998).

I. trabaja siendo una niña como empleada doméstica en un almacén a cambio de "casa y comida". Esta situación "es aceptable" pues se trata de una niña de padres separados que se entrega a otros adultos para que trabaje a cambio de su supervivencia: *ni los padres ni los adultos receptores reparan en la edad de la niña y su temprana victimización*. Su vulnerabilidad afectiva

facilita el fuerte enamoramiento hacia un joven compañero de trabajo quien la prostituye, le ofrece el "apoyo de su cuñada experimentada". La relación afectiva con su pareja no le permite reconocer la explotación que éste ejerce sobre ella al introducirla en los circuitos de prostitución, donde pasa a ser *victimizada por su compañero, la regenteadora y sus clientes*. I. no reconoce violencia en el trato con sus clientes, tiene muchos resguardos según las instrucciones recibidas, la tratan bien, le convidan bebidas si quiere, pagan por estar con ella. El dinero pasa a su pareja quien reparte con la entrenadora y supervisora en las calles. Ni siquiera al considerar este aspecto advierte la explotación de su pareja, *la entrega del dinero es lo esperable, lo necesitan para vivir juntos*. Cuando advierte que su pareja tiene otra novia, sufre mucho; allí "se siente traicionada", por la infidelidad descubierta. Víctima del desencanto, *decide denunciarlo a la policía: es su primer acto de defensa de condición de mujer-esposa y como objeto de explotación*. Caen presos los tres: su pareja, la cuñada y el hermano que regenteaba a la cuñada. Este episodio marca *la primera ruptura que le permite visualizar su condición de víctima, se rebela, no se arrepiente de la denuncia*, admite que "la jodieron" los tres. Isabel es internada en un hogar de niñas, pero no se siente a gusto ni la ropa que lleva corresponde al lugar de albergue; se encuentra marcada por la ropa y las costumbres aprendidas, diferentes a las de otras chicas de su misma edad. *Desde el Juzgado no logran localizar familiares de la niña en Bernardo de Irigoyen. Retorna a su condición de víctima por el abandono familiar*, no hay quien reclame por ella y en el Hogar no la quiere tener en forma permanente, "su experiencia de vida no es la típica de una niña".

Esta historia breve en años pero densa en maltratos y desamparos muestra cómo desde la familia de origen, las relaciones afectivas establecidas y el propio sistema judicial victimizan a esta niña quien ajena a su voluntad no encuentra lugar en el mundo, no tiene familia de referencia y no encaja en las organizaciones cuidadoras disponibles.

Caso 4

Marta nació en Eldorado, es la segunda hija de un grupo de 7 hermanos, la madre abandona el hogar cuando ella tenía 10 años harta del maltrato y violencia hacia ella y sus hijos; tenía conocimiento de los abusos del padre hacia las hijas mayores pero pide ayuda a su familia y no la recibe. Decide migrar a Bs. As. Llevándose la más pequeñas de 5 años.

P. la mayor tuvo una hija producto de estas violaciones y abandona el hogar paterno dejando a su hija bebé, huye a casa de una tía en un barrio cercano y luego migra a Bs. As.

Los otros hermanos se van yendo de la casa cuando tienen entre 13 y 14 años los varones (buscan trabajo por su cuenta, pierden el contacto con la familia) y las mujeres entre los 12 y 13 temerosas de los abusos del padre, buscan refugio en casa de sus tías que habitan en barrios cercanos. M. queda sola a cargo de su sobrina con discapacidad y al poco tiempo resulta embarazada de su padre. El cambio en su situación de hija a "ama de casa a cargo de niños" termina de plantarla como la "señora del hogar" y de ese modo continúan los abusos de su padre con ella de forma natural.

Grandes revuelos en la escuela por su embarazo, su padre acusa al portero y ella acepta esa denuncia; abandona la escuela antes del parto, su primer hijo nació en el hospital y lo anotaron como hijo de padre desconocido con el apellido de la madre

nada más. A los pocos años tuvo otro hijo que nació en la casa y su padre atendió el parto, lo mismo ocurrió con los dos hijos siguientes, todos varones. El último según su padre nació muerto y lo enterró en el patio de la casa. Los anotaba en el Registro Civil de un pueblo cercano como nacidos en parto domiciliario de padres desconocidos, y con el apellido de la madre.

Los vecinos, los maestros de la escuela y unas tías, hermanas del padre, hicieron denuncias por la radio y en la policía sobre los abusos del padre hacia la hija e inclusive mencionaron los hijos producto de esas relaciones como la niña con discapacidad y los tres varones. Pero ante las indagaciones de los agentes policiales, de los periodistas, M. siempre negaba los hechos. Se mantenía recluida en su casa al cuidado de los niños, saliendo solo por asuntos de enfermedad, alguna reunión en la escuela y en la iglesia.

Solo pudo considerar la relación con su padre en otros términos cuando en las reuniones de catequesis se habló de las formas de violencia hacia las mujeres y pudo pensarse a sí misma en otros términos. El proceso personal de reconocimiento de su situación, 25 años de relaciones incestuosas con su padre y el nacimiento de cuatro hijos a quienes les dijo que el padre de ellos habían sido novios circunstanciales que no quisieron hacerse cargo y por eso los crió junto a su padre. Dolor y rabia acompañaron este proceso de toma de conciencia de M. al recordar su años de infancia y juventud.

Actitudes de agentes policiales (demorar el pase de la denuncia al Juzgado más de 48 horas, aludiendo “qué apuro tenés ahora si esperaste 25 años? Ahora sos la mujer y bécate”, comentó una agente de la Comisaría de la Mujer) y de la defensoría (el testimonio de ella no era prueba suficiente para poner preso a su padre, solo el recuerdo de que poseía un arma de fuego sin permiso fue más fuerte que la presencia de 5 niños productos de los abusos y el cadáver del más pequeño oculto en el patio) pusieron en tela de juicio su tragedia y jugaron con los tiempos burocráticos sin pensar en la situación de crisis de la víctima. Apoyo pastoral y de los medios de comunicación (radio local principalmente y diarios provinciales) destacaron la gravedad del caso y la conectaron con el servicio de salud mental del hospital local.

El padre abusador, de su hermana mayor y luego de ella, ostenta ante sus hijos su autoridad como derecho adquirido por ser el padre. Los golpes y maltratos a su mujer e hijos, llevan a ésta primero y los hijos después, a abandonar el hogar. La mujer adulta y los hijos que huyen se sienten víctimas y se alejan del hogar. Cuando la hermana mayor dio a luz a una niña hija de su padre que nació con retraso mental, la abandona y también huye, en su condición de víctima. M. queda como ama de casa y a cargo de la niña y agrega a sus funciones domésticas el rol de esposa; no se reconoce como víctima, le parece que es normal lo que le ocurre: la ausencia de su madre y hermanos le confirma su nuevo rol de esposa y ama de casa. Se embaraza del primer hijo de su padre, la maternidad fortalece su rol de esposa-madre; tampoco en esta situación se siente víctima de los abusos y acosos de su padre. A pesar del escándalo en la escuela y el barrio, se niega a entender lo que dicen vecinos y maestros, el miedo la paraliza. Pero no alcanza a reconocer su situación de víctima porque es muy fuerte su rol doméstico de esposa-madre. Abandona la escuela luego de tener al niño en el hospital; se encierra en la casa con los niños y su padre, rompe vínculos con el afuera. Confirma ante sus hijos la preocupación del padre por cuidarla a ella y a ellos ante el “abandono de sus padres”, y

pasa a configurar la novela familiar del incesto, atrapada en el juego del padre y comprometiendo a sus hijos y sobrina. Aunque es permanentemente amenazada con un arma de fuego si cuenta lo que ocurre en la casa, el miedo la controla y no le permite vislumbrar salidas. *Leves indicios de su condición de víctima le llegan desde la escuela, el centro de salud y es en las reuniones de catequesis donde se entera de diversas formas de explotación y violencia hacia las mujeres. La iglesia es el único espacio seguro para su padre, jamás imaginó que allí se le revelarían otras posibilidades de vida. En ese contexto reconoce que su situación no es normal y decide pedir ayuda. Después de varios meses de reflexión se siente una víctima de su padre y también de su madre y sus hermanos que la dejaron sola. Agentes policiales y Defensor actúan minimizando su situación; se altera ante la lentitud de los tiempos burocráticos y se ofende ante la reprimenda de la agente policial. Se apoya en quienes entienden su situación de víctima de larga data, teme por la salud de sus hijos al enterarse de que el abuelo es el padre y de lo que ha padecido ella durante esos años. Recién a los 35 años puede pensar en sus hijos desde un rol de madre activo y protector. La prisión el padre la tranquiliza, se siente apoyada por sus vecinos. Su situación de víctima requiere protección, resiste las presiones del padre para que retire la denuncia y “todo vuelva a su lugar”. Ella no duda y mantiene la denuncia espantada del tiempo que transcurrió en ese calvario sin “darse casi cuenta”. Intenta superar su condición de víctima y la de sus hijos también victimizados.*

Este relato muestra las dificultades para reconocerse como víctima que ha sufrido M., quien no logró decodificar los mensajes del entorno y quedó cautiva de los deseos y el poder de su padre. Sus padecimientos la fueron paralizando, la inmersión en la vida hogareña desdibujó la fuerza del contexto y recién cuando en su condición de adulta y con la saturación del maltrato, tuvo la posibilidad de pensar en la explotación y la violencia hacia las mujeres, repensar su situación y reaccionar. Inimaginable para su agresor que el grupo de catequesis produjera esta ruptura, aunque ella misma reconoce pequeños quiebres previos a la decisión de la denuncia. Las décadas transcurridas alarman frente al sufrimiento acumulado y la importancia de ser contundentes con los mensajes desaprobatarios.

Caso 5

Perla tiene 45 años, nació en un campo de San Carlos (Corrientes) y cuando tenía 8 años quedó huérfana de madre, siguió viviendo con su padre y sus hermanos varones menores que ella junto a su abuela paterna. A los 10 años, después de su primera menstruación comenzó a ser abusada por su padre. Primero se sorprendió pero luego él insistía en que esas cosas también pasan entre padres e hijas; no obstante Perla lo comenta con su abuela y ésta le dice “aguantá, esas cosas les pasan a las mujeres”... Y no habló con el padre ni la protegió de sus avances. A los 12 años el padre la trae a Posadas y la interna en un orfanato donde vive hasta los 18 años. Ahí comenzó a ir a la escuela (durante su vida en el campo nunca fue a la escuela, sus hermanos varones sí) pero “no me entraban las cosas en la cabeza, la maestra me hablaba pero yo no podía dejar de pensar en lo que mi papá me había hecho.... Eso me perseguí todo el tiempo y no me dejaba pensar en otras cosas... No le podía contar a nadie porque no me iban a creer.... Sufría sola...” No sabe leer ni escribir.

Al cumplir los 18 años tuvo que abandonar el Hogar,

pocos meses antes se había enganchado con un muchacho unos años mayor que ella que trabajaba como chofer; se fueron a vivir juntos y tuvo cuatro hijos con él. El hijo mayor murió a los pocos meses de nacer porque ella estaba muy enferma de sífilis, luego de un tratamiento que hicieron los dos tuvo a los otros hijos: dos varones y una mujer.

Como la plata no alcanzaba para los gastos de la casa, su marido le exige que comience a trabajar, así fue como entró en los circuitos de prostitución los 22 o 23 años. “Sacaba buena plata pero no me gustaba, te tocan todo y hacen con vos lo que quieren...” Varios años estuvo en las calles y cuando su abuela murió y Perla fue al campo al entierro, regresó y su marido le había hecho una denuncia por abandono de hogar y le quito los tres hijos que tendrían entre 7 y 12 años. Peleó ante la Defensora pero como su suegra declaró que ella era prostituta y nunca estaba en la casa y no se ocupaba de los hijos, no tuvo forma de quedarse a cargo de ellos, además le prohibieron verlos.

Pasaron casi 10 años, ella seguía en la calle como prostituta, tuvo algunas relaciones de pareja pero todos interesados en sacarle la plata (no los mencionó como cashos pero parece que esa era la función que cumplían) hasta que se enteró que su hijo mayor estaba internado en Manantial por adicción a las drogas, fue a verlo y el muchacho la rechazó aduciendo que ella nunca se preocupó por ellos e incluso su hija que lo acompañaba no quiso hablar con ella y le dijo “cosas muy feas, que no los quería que nunca me había cuidado en los embarazos, que tomaba bebidas alcohólicas, que los tenía siempre sucios, todas cosas inventadas” por su ex-marido y su ex-suegra.

Después de cumplir los 40 “nadie te busca en la calle, ya no podés sacar dinero”, Perla se encontraba muy mal de salud con una afección pulmonar, estuvo internada casi dos meses en el hospital. Al salir se acompañó con un muchacho más joven que ella (25 años) del mismo culto (evangélico) y viven junto a la hermana de él y su pareja. Su actual cuñada tuvo un bebé que no quería criar, lo dejó en el hospital; Perla y su marido lo retiraron y lo crían como su hijo: el nene les dice mamá y papá, está junto a ella todo el día. Ella ahora no trabaja fuera del hogar porque su pareja gana bien (trabaja en la construcción).

Participa desde hace casi un año en un proyecto barrial de formación de promotoras para la prevención de violencia contra las mujeres, aporta con su experiencia de mujer maltratada.

P. sufre relaciones incestuosas con su padre y lo comenta con su abuela; *se siente víctima: él le causa daño y no puede eludir la situación* (vive en el campo, alejados de todo), admite las marcas (no puede concentrarse en la escuela). Durante los años transcurridos en el Hogar no se sintió víctima sino una niña rescatada. Cuando establece relaciones afectivas con una pareja y éste la introduce en la prostitución para mantenerla familia *se siente explotada por su pareja y por sus clientes, el pago no compensa lo que ella siente; se siente víctima*. Al ausentarse por la muerte de su abuela, su pareja le ha quitado los hijos por abandono de hogar y descuido; reconoce el maltrato del compañero y la complicidad de su suegra al quitarle los hijos que era “lo único bueno que tenía en la vida”. Pelea ante la Defensoría pero no logra recuperarlos. Cae enferma, los años de prostitución la tratan mal y se retira. *Se siente víctima por los daños sufridos* (abusos del padre, maltrato del marido y la suegra, rechazo de sus hijos) *su falta de oportunidades* (prostitución o prostitución) *y los efectos en su persona* (analfabetismo, desgaste físico, pérdida de interés en la vida). Su “salvación” pasa por la incorporación a un culto

religioso, una relación de pareja “amorosa” (él es más joven, la cuida, no le reprocha nada) y la adopción de un niño.

Considera que está saliendo de su situación de víctima aunque hay cosas que no se pueden cambiar que la siguen dañando (abusos del padre, maltrato del padre de sus hijos).

La resignación de la abuela de P. al negarle apoyo en su infancia muestran la naturalización de los actos incestuosos, la vida en el orfanato experimentada como un premio denota la falta de opciones. La prostitución como medio para ganar dinero se visualiza en el momento como la única alternativa y la responsabilidad ante sus hijos lo justifica todo, hasta soportar las relaciones sexuales con los clientes. La pérdida de los hijos la destruye, la avanzada tuberculosis que la tuvo tres meses internada en el hospital con riesgo de muerte es reconocida por ella “casi como un suicidio”. Su nueva vida, es producto de la “salvación” al ingresar a un culto evangélico, formar una nueva pareja y criar un niño, pero estas reparaciones le resultan insuficientes. La revisión de su pasado le devuelve numerosas situaciones victimizantes que reclamó: ante su abuela, ante su pareja, ante el sistema judicial, pero no le respondieron.

Quizás una primera lectura comparativa entre estos relatos exija tener en cuenta la edad de nuestras informantes cuando las contactamos, la perspectiva de una niña de 12 años es diferente de la de una mujer de 45 que ha atravesado semejantes situaciones. Del mismo modo, las alternativas laborales que se le presentaron a una mujer analfabeta no han sido las mismas que tuvo una con educación secundaria. La condición de abandono desde muy pequeñas, tornó más vulnerables a estas niñas: unas por ser huérfanas de madre, otras por pertenecer a grupos familiares en crisis donde las mujeres adultas huyeron para salvarse. Las respuestas de cada contexto han sido diferentes, algunos con mensajes más claros que otros; pero de todos modos la naturalización de la violencia hacia las mujeres primó situándolas en el lugar del sufrimiento, con limitadas oportunidades para experimentar el rol de víctimas.

El término **VÍCTIMA** ha sido objeto de extensos debates por sus múltiples connotaciones: desde constituirse en una etiqueta que engloba muy diferentes fenómenos, hasta establecer señas en los sujetos que los estigmatizan. Así utilizamos en nuestro vocabulario diversas nominaciones para fenómenos semejantes: mujeres maltratadas, mujeres víctimas de la violencia sexual, víctimas de la violencia de género, mujeres golpeadas, mujeres sobrevivientes, entre otros (Schneider 2010).

La elección de alguno de estos términos implica no solo una palabra sino una idea, si mantenemos el uso del término **víctimas de la violencia sexual y/o de género** es porque éste nos resulta contundente para dar cuenta de los fenómenos que intentamos describir. Y aunque muchas mujeres y niñas no se reconozcan víctimas de la violencia, somos nosotros, los “otros” quienes tenemos que situarlas en este rol, tan difícil de asumir por los confusos y ambiguos mensajes que les devuelve sus contextos de vida.

Si tomamos como **VÍCTIMAS** a las personas que sufren un daño (de diverso tipo, sea físico, moral o material) en una situación impuesta (que no pueden evitarla), que les deja una marca o un estigma (señas difíciles de borrar corporal, psíquica o socialmente). Las historias presentadas revelan la sucesión de episodios que fueron “marcando” la vida de estas mujeres aunque en numerosas oportunidades -observamos en los relatos

precedentes - las mujeres no se sintieron víctimas, por las dificultades para registrar la violencia ejercida contra ellas. Si analizamos otra definición que señala “la víctima es la persona que padece la violencia a través del comportamiento del individuo – delincuente- que transgrede las leyes de su sociedad y cultura” (Marchiori 2009:2), aquí la referencia al “otro” que genera los actos violentos devuelve el carácter social de esta condición, generada en la interacción con “otros” que no respetan las normas y reglas sociales. Y cuando quienes tienen que señalar esta falta de respeto hacia las normas desde su responsabilidad como adultos (por ejemplo una abuela, una madre) inclusive como funcionarios del estado (un maestro, un defensor, un agente policial) desconciertan sobre su real sufrimiento a los sujetos que padecen la violencia. La negación de las situaciones, la minimización de los efectos de los actos van conformando el proceso de naturalización que impide a las propias víctimas reconocer su situación de tales, el ejercicio del rol de víctimas.

¿Cómo asumimos un rol social? Durante el proceso de socialización vamos internalizando las pautas de nuestro sistema socio-cultural y así construimos nuestras subjetividades. En todas las sociedades son necesarios los comportamientos normatizados para garantizar el funcionamiento y reproducción del orden estructural; asumimos diferentes roles según los contextos de interacción; éstos constituyen la bisagra entre la estructura social y los sujetos. Pero no todos internalizamos las mismas reglas y pautas, cada sujeto incorpora y actualiza de modo singular los roles que desempeña. **Cada rol se caracteriza por una serie de atributos específicos** pero esto - como señala E. Menéndez (1999)- “no implica necesariamente una interpretación uniforme, homogénea, fija de los comportamientos, ya que solo reconoce una serie de atributos básicos...” (Menéndez 1999:24).

El desempeño de un rol supone que el sujeto se comporte de acuerdo con los atributos básicos que lo definen en ese entorno, los “otros” responden según las expectativas del rol en juego. Así, si nosotros definimos el rol de víctima a partir del sufrir un daño, no poder escapar de esa situación y las marcas visibles e invisibles que deja esta vivencia; cuando quienes atraviesan situaciones de violencia sexual y/o de género y no se reconocen como víctimas no es porque le falten los atributos específicos del rol sino que **las respuestas de su entorno le niegan el ejercicio de ese rol al naturalizar los daños sufridos, la inevitabilidad de la situación o ignorar las marcas** (sean físicas, psíquicas o sociales).

Otros atributos que ponen en juego los “otros” como la sospecha sobre la forma de actuar de las víctimas (supuesta actitud activa ante el hecho, provocativa), la pasividad y la paralización (sin capacidad de reacción, no resisten, aceptan los hechos), el sometimiento, pueden considerarse aspectos complementarios pero no definitorios del rol de víctima. Estaríamos ante diversos modos de ejercer el rol de víctimas, como pasivos o activos, de modo permanente o transitorio, etc. Pero básicamente lo que nos interesa destacar es **cómo los sujetos analizados experimentan los hechos que protagonizan** y esto no depende exclusivamente de ellos sino fundamentalmente del contexto, es decir de **las reacciones de esos “otros” frente a esos hechos**. Por ello al plantearnos cómo se construye el rol de víctimas tenemos que considerar no solo la perspectiva de los protagonistas sino la concertación con los “otros” en las situaciones de interacción, lo que define el contexto socio-histórico.

Un sujeto que desarrolla su vida en sociedades como las nuestras, ejerce una multiplicidad de roles, y muchos de éstos se hallan en contraposición o resultan incompatibles entre sí, segmentando de ese modo la subjetividad de los actores. Para triunfar en el mercado laboral se requiere alta competitividad en el rol de trabajador pero, este atributo resulta incompatible con el ejercicio de las relaciones materno-filiales en el ámbito doméstico; por ello, se requiere cierta plasticidad para jugar con éxito en los diferentes contextos de interacción. Pero, paradójicamente **este ejercicio de fragmentación que resulta tan útil para desempeñarse en la complejidad**, resulta un instrumento imprescindible para soportar situaciones dislocantes como las que han atravesado nuestras informantes: ser madre y hermana a la vez; hija y esposa; compañera y esclava; niña y proveedora, entre otras variaciones. “Dados los espacios y procesos sociales donde el sujeto debe desempeñarse, (...) cada uno de los sujetos necesita desarrollar un trabajo de articulación de roles, así como un trabajo para convencer a “los otros” de quién es él como sujeto, en función de los roles que está cumpliendo” (Menéndez 1999:28). Este dinamismo en los escenarios y las formas de interacción han llevado a concebir la subjetividad como provisional e intercambiable pero que no como quiebre de la identidad de los actores.

Podemos reconocer entre las dificultades para asumirse como víctimas que han tenido las mujeres entrevistadas, ciertas implicancias del rol que las desvalorizaba aún más: la sumisión, la subordinación, el sentimiento de inferioridad, la vergüenza, los prejuicios y la desconfianza de los demás hacia sus actos. **La no asunción de su condición de víctimas es producto del proceso de naturalización de prácticas aberrantes y violentas hacia las mujeres y más aún hacia las mujeres niñas.**

La condición de víctimas que se juegan en el ámbito doméstico no necesariamente se traslada al campo laboral, aunque los efectos sobre los sujetos conducen, si los procesos violentos son sostenidos, a una paulatina retracción o acostumbamiento a los padecimientos que hacen tolerables situaciones de injusticia e inequidad en otros espacios sociales. Ser víctimas de violencia sexual y/o de género no transformó mecánicamente a las mujeres protagonistas de los relatos en sujetos pasivos, mantuvieron latentes (registros de discursos incorporados en la primera infancia, por ejemplo) o divisaron algunos indicios (mensajes que les habilitaron a pensar se de otra manera) que les permitieron vislumbraron que no todo lo que les pasaba a ellas les pasaba a otras. Así cuando lograron darse cuenta de que lo que les ocurría no era “lo normal”, “lo habitual”, apelaron a su capacidad de agencia, lucharon de diferentes modos (hablando, denunciando, huyendo) pero reaccionaron e intentaron superar esas situaciones con diversos grados de éxito. Por ello, **la condición de víctimas no es una etiqueta inamovible, es histórica, resultante de un proceso de construcción de ese rol así como de desarticulación del mismo**, una vez superadas las situaciones de violencia.

A modo de reflexiones finales

El análisis sobre los casos relatados da cuenta de serios desbalances en las relaciones de poder, entre víctimas y victimarios, en posiciones difíciles de cambiar por los efectos de la **dominación masculina** (Bourdieu 2000; Segato 2003) ejercida tanto directa como sutilmente en las prácticas de la vida

cotidiana. La persistencia del sistema patriarcal se hace evidente en estas sospechas que se agregan al comportamiento de las mujeres que “parecen merecer lo que les pasa”; o las justificaciones para compartir responsabilidades, “los dos tenemos que aportar, vos también tenés que trabajar” sustentando la ilusión de cambios en las relaciones de género que más bien incrementan la desigualdad al ocultarla aún más pues lo que se presenta como oportunidad laboral es explotación.

Los hechos relatados ponen en evidencia cómo nuestras protagonistas se hallaban ante situaciones inevitables, en un “estado de dominación” en palabras de Foucault (2007): [cuando] “las relaciones de poder, en lugar de ser móviles y permitir a los diferentes intervinientes una estrategia que las modifique, se encuentran bloqueadas y fijadas. Cuando un individuo o un grupo social llegan a bloquear un campo de relaciones de poder, volviéndolas inmóviles y fijas, e impidiendo toda reversibilidad del movimiento –mediante instrumentos que pueden ser tanto económicos, como políticos o militares-, estamos ante lo que se puede denominar un estado de dominación” (Foucault 2007:57).

Tomar conciencia del estado de dominación y de sus límites requiere cadenas o secuencias de interacciones, contactos con “otros” que nos permitan reconocer cuál es nuestra situación; el aislamiento, la soledad, el encierro solo confirman la “naturalidad” de lo que nos ocurre y la “inevitabilidad” de su recurrencia. Las mujeres que atraviesan procesos de victimización en pocos momentos logran advertir lo que les ocurre, y si ante estos “chispazos” la respuesta que reciben de su entorno es la

minimización de los hechos, el descreimiento o la naturalización, confirman que “deben seguir así” que “no hay otras opciones”. Por eso **asumir el papel de víctimas resulta difícil** porque es situarnos en una relación desventajosa que nos hace daño, difícil de sortearla – pero no imposible- y que nos ha marcado.

A modo de cierre, nos interesa destacar que las dificultades para asumir este papel de víctimas no residen necesariamente en las mujeres quienes “no registran lo que les pasa”, “son relajadas”, “no escuchan a sus hijas”, “no les importa nada” sino en **las respuestas que fueron recibiendo a lo largo de sus vidas** cuando compartieron sus experiencias de violencia y no les creyeron, minimizaron sus efectos, o les exigieron resignación. Lamentablemente estos fueron procesos acumulativos, se fueron agregando situaciones de violencia de diversos órdenes que en algunos casos demandaron décadas para darse cuenta de su condición de víctimas pues se va formando una coraza protectora que permite que los efectos del maltrato y la violencia nos lleguen cada vez más difusos.

Las diferentes reacciones de las mujeres ante similares padecimientos exigen trabajar sobre el eje diacrónico para comprender las situaciones actuales, por ello quizás como aportes desde la Antropología Social para intervenir en casos de violencia sexual y/o de género sea **recomendar la reconstrucción de los relatos de vida** y no solo quedarnos con los diagnósticos socio-ambientales que constituyen una fotografía, no logran revelar cómo se van configurando estas secuencias de maltratos y violencia. ♦

Bibliografía:

- Bourdieu, Pierre *La dominación masculina*. Barcelona. Ed. Anagrama, 2000
- Foucault, Michel *Sexualidad y poder y otros textos*. Barcelona, Ed. Folio, 2007.
- Marchiori, Hilda *Criminología. La víctima del delito*. México. Editorial Porrúa. 2009.
- Menéndez, Eduardo “Continuidad/discontinuidad en el uso de conceptos en Antropología Social” en Neufeld, M.R., Grimberg, M., Tiscornia, S. y Wallace, S. Compiladores *Antropología Social y Política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento*. Bs. As. Eudeba, 1999.
- Naciones Unidas *Documento del Séptimo Congreso de Naciones Unidas*

sobre prevención del delito y tratamiento del delincuente. Milán, 1985.

- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) *Informe sobre Desarrollo Humano Argentina*. 2005.<http://content.undp.org/>
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). *Informe sobre Desarrollo Humano Argentina*. 2009.<http://content.undp.org/>
- Schneider, Elizabeth “Mujeres maltratadas y la elaboración de leyes feministas: definición, identificación y desarrollo de estrategias” en Di Corleto, Julieta (Comp.) *Justicia, género y violencia*. Bs. As. Librería Ediciones, 2010.
- Segato, Rita L. *Las estructuras elementales de la violencia*. Bs. As. Ed. Universidad de Quilmes, 2003.